

## 5

EL PRESIDENTE INTERINO DE LA AUDIENCIA DEL CUZCO, CERNADAS, DA CUENTA DEL ESTADO EN QUE SE HALLABA ESE TERRITORIO E INFORMA SOBRE LOS MINISTROS DE AQUEL TRIBUNAL, ASI COMO ACERCA DE LA CONDUCTA DE LOS VECINOS MAS CONSPICUOS DE LA CIUDAD.

Muy Poderoso Señor:

Por la obligación que me imponen las leyes y la especial a que me sujeta la soberana resolución de Su Majestad, de 11 de Agosto de 1802, comunicada por el Ministerio de Gracia y Justicia, por circular de 10 del mismo a los Presidentes de las Reales Audiencias de estos dominios, debo poner en consideración de Vuestra Alteza que, habiendo recaído en mí el mando total de esta Presidencia el año pasado de 1809, por ausencia del jefe que interinamente la servía, el Brigadier Don José Manuel de Goyeneche, y por la del Regente Don Manuel Pardo, tuve que desempeñar entonces, en el tiempo más crítico y circunstanciado, ocasionado por la insurrección de la ciudad de La Paz, adonde establecida una junta nombrada Tuitiva se cometieron, en fuerza de sus disposiciones, los más terribles crímenes contra la soberanía, la religión y el estado, que pusieron a esta América del Sur al borde de su ruina, de la que escapó por los efectos que produjo la expedición de considerable número de tropas al mando del Brigadier Goyeneche, de que hablaré en su lugar. Mas, como habiéndose restituído el Regente a esta capital le entregué el mando de la provincia, me pareció que a él correspondía, y no a mí, informar a Su Majestad, por lo que dejé de hacerlo. Ahora que militan ya distintas circunstancias y en que por ausencia mucho más dilatada volvió a mí el gobierno de esta Presidencia en el año anterior de 1810, cuando toda América se halla en los mayores conflictos que tuvo desde que Su Majestad posee su señorío y dominio, no puedo eximirme, sin nota, de cumplir este deber, pues además de faltar a él gravaría mi conciencia con tan gran responsabilidad. Su Majestad desea saber la verdad de lo bueno y de lo malo que sucede en estas distancias del trono; quiere, como padre tan amante de sus vasallos, premiar el mérito de los que le sirven bien y castigar y corregir a los que lo hacen de distinto modo, elige los medios cristianos y justos que detalla su real determinación citada, y yo voy a cumplirla



como un fiel ministro suyo, el más antiguo de las Américas después del actual Regente de Lima, pues pasa de cuarenta años que sirvo a Su Majestad en esa Península y en esta América, decidido a morir en defensa de la justa causa, en fuerza del íntimo amor que le profeso.

Pero no me contraeré a tocar tan solamente el puesto de los Ministros de esta Real Audiencia, pues para llegar a él con propiedad, en la fatal y terrible convulsión en que nos hallamos, me parece preciso, ya como Presidente, ya como ministro tan antiguo, caracterizado con los honores de serlo del Supremo Consejo de Indias, extenderme a otros particulares importantes a la solidez y claridad en tan interesante materia.

Desde el establecimiento de la Junta en Montevideo, cuyo pormenor no toco por no corresponderme, empezó la alteración del Virreinato de Buenos Aires, a imitación de aquella que se estableció en La Paz, que causó los mayores males, ya desde esta época se veía por demostración el funesto efecto del nombre **Libertad**, y que la anarquía iba a establecerse. Los ánimos inquietos comenzaron a manifestarse sin rebozo; la seducción de hombres viles, fieles imitadores del tirano de Europa, sembró claramente sus máximas de corrupción. Estas poseyeron los corazones de los incautos y poco instruídos, no solo de la baja plebe, sino de los de jerarquía distinguida, y llegó a términos tan decididos especialmente en dicha ciudad, que obligaron al Virrey del Perú a admitir allí un grueso ejército, de más de cinco mil hombres, al mando en jefe del Presidente interino del Cuzco el Brigadier Goyeneche, quien viendo con claridad que la insurrección no podía componerse por medios suaves, conformes con las órdenes que tenía del Virrey para tentar ponerlos en ejecución antes que los del rigor, tuvo necesidad de acudir a estos, pues solamente así fue capaz de cortarse el cáncer en su origen, que a no ser por este arbitrio, ya estaba el mal tan radicado, que ningún remedio sino el del fuego y sangre lo cortaría.

Logróse entonces la pacificación de aquella soberbia ciudad y se transmitió su ejemplo hasta la de Buenos Aires, que explicaba el gusto que aparentaba, o acaso tenía, en sus públicos papeles periódicos, pues en ellos hacía los mayores elogios al Brigadier Goyeneche hasta darle el nombre de "Libertador del Perú", de suerte que esta América del Sur, que se miró en el punto de dar el mayor vuelco en tiempo tan calamitoso, volvió en sí, restableció de algún modo su quebranto, y el comercio que estaba estéril, tomó el giro que había perdido. La correspondencia desde la capital de Buenos Aires hasta la de Lima, siguió como antes su orden, y todo se sosegó a es-



peranzas de dicha expedición, y de los medios insinuados, bien que no dejó de advertirse luego descontento general en los habitantes del terreno señalado porque no se les distribuían los premios a que se consideraban acreedores por sus servicios.

El mal, que quedó apagado y no extinguido, volvió a renacer. Las cenizas sopladas con el aire de seducción e intriga como armas muy comunes, pero las más terribles de que se vale el tirano, propias de su perfidia surtieron todo el efecto que apetecía.

La capital de Buenos Aires se sublevó, y a pretexto de sostener los derechos de nuestro Católico Monarca Fernando, formó una junta compuesta de hombres bajos, que adoptando y estableciendo reglas las más horribles, trastornó todo orden legal y político, de cuya fiel observancia pendía la armonía del gobierno. Desobedeció ignominiosa y atrevidamente a Su Majestad, no solo en el Consejo de Regencia, sino también en la soberana representación de las Cortes, pues todo lo impugna y desconoce por legítimo. Alborotó toda esta América, no contentándose con ejecutar los más atroces delitos en el territorio de su Virreinato, sino intentando penetrar a este y constituirlo en anarquía. Desde aquella infeliz ciudad, en que se cometió el horroroso crimen de quitar al Virrey y Ministros de su Real Audiencia y metiéndolos en un pequeño y desdichado buque, sin auxilio alguno, con la mayor inhumanidad remitirlos a esa Península, sedespacharon tropas para seducir a las demás de aquel territorio a seguir sus depravadas máximas y pusieron a su devoción las de Córdoba, Salta, Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, Jujuy, Potosí y La Plata, las mismas que pocos días antes se habían sometido y entregado al mando del Virrey de Lima, sin que nadie las estimulase a hacerlo, sino el interés propio que les resultaba de obedecer a una autoridad legítima, y no a una junta tumultuaria. El ex-Virrey Don Santiago Liniers, y los demás que le acompañaron en la defensa de la buena causa, sellaron respectivamente con su sangre la fidelidad y amor que profesaban a Su Majestad, pues les quitaron vilmente la vida atados a un palo; al Presidente de Charcas, Mariscal de Campo don Vicente Nieto, al Intendente de Potosí, Ministro honorario del Consejo de Indias don Francisco de Paula Sanz, y al Teniente Coronel don José Córdoba, les sucedió igual desgracia en la plaza de esta villa, adonde destruyeron enteramente la costosísima Real Casa de Moneda, robando el oro y plata que existía allí amonedado y en pasta, y hasta los más pequeños hierros de aquella primorosa fábrica, saquearon el caudal que había en Cajas Reales y todo el cuantioso que tenían los particulares a quienes prendieron y confinaron. No se respetó el santuario ni el sexo femenino lo-



gró el mas leve indulto de la crueldad y voracidad de aquellos sanguinarios, discípulos fieles de su caudillo el abogado Castelli. Todo se trastornó y en ninguna de las clases del estado quedó orden ni arreglo. De esta suerte engrosaron su ejército, sostenido con los tesoros de Su Majestad y con los de sus buenos vasallos que no dieron lugar a que la corrupción penetrase sus corazones, y resolvieron pasar hasta el término de aquel Virreinato, que dista de su capital setecientas leguas, poniendo en insurrección, al paso, las ciudades de Oruro, Cochabamba y La Paz, hasta tener el atrevimiento de presentarse frente del grueso ejército de más de diez mil hombres que tenemos allí hace el espacio de siete meses al mando en jefe del Brigadier Goyeneche, con el objeto de contenerlos en los límites de aquel territorio, y de que no pasasen a este ni transmitan a él sus detestables y perniciosas máximas.

Para la ejecución de esta oportuna y sabia providencia del Virrey del Perú, no alcanzan ya los productos que este rico territorio pone en reales arcas, ni cuantos arbitrios se toman.

Este gobierno de mi mando en la actualidad, como el más crítico y circunstanciado en el día, y muy próximos los ejércitos de una y otra parte del último rompimiento, experimenta los terribles efectos de esta desventura entre los vasallos de un mismo Monarca y lo que pueden las terribles armas de la seducción y cábala y, a paso que a esfuerzos de la prudencia, de la política y del arte conservo en paz y tranquilidad este interesante punto, del que pende la buena o mala suerte del resto de esta América, temo justamente el que si por uno de los accidentes de la guerra pierden nuestras tropas las primeras acciones, a pesar de la exacta disciplina en que se hallan, del entusiasmo que las domina, del valor que manifiestan y de la bella disposición y gusto con que sirven a las órdenes de un general como Goyeneche, que se desvela incesantemente en enseñarles el arte de la guerra, en ponerlas en el mejor pie imaginable de constancia y firmeza, sin reserva para conseguirlo de gastar lo más florido de su patrimonio, todo lo perdamos por no hallarse esta capital en términos de consultar su defensa, así por su situación, como por carecer de tropas, armas y dinero, pues únicamente existen en ella trescientos hombres que sirven para el respeto de las autoridades y ciento cincuenta fusiles que hice reformar a costa de un improbo trabajo y porque cuanta plata se junta, la remito al ejército, a excepción de la muy precisa para el pago de sueldos de empleados y de algunas atenciones de primera necesidad.

Habiendo expuesto a Vuestra Alteza en grande, con la sinceridad y verdad que me es propia, cuál es la convulsión fatal en que



se halla la América del Sur, la que ya es imposible en mi concepto y conocimientos del terreno, curarse sin mucha efusión de sangre, vengo a contraerme al primer objeto de la Real Determinación que me obliga a este informe.

Desde la instalación de esta Real Audiencia hemos adoptado por principios invariables los Ministros fundadores (de los que soy el único que existo en ella) la unión de personas, sin ligarnos por esto a la de dictámenes, el trato más político, suave y sagaz con los vecinos y habitantes de su provincia, y el conciliar y combinar estas máximas con el respeto y autoridad debida de Su Majestad y a un tribunal que es su imagen.

Este buen orden y el del mejor y más pronto despacho de los negocios, dio lugar a conocer a estos vasallos la importancia y felicidad que la soberana piedad del rey les había concedido, pues hallaban remedio en sus males, determinación en sus pleitos y auxilio en sus recursos, sin la precisión de ocurrir a la capital de Lima, a costa de considerables dispendios y de la ruina de sus familias que se seguía aunque ganasen lo que disputaban.

Veinte y tres años lleva ya sin alteración en esta armonía, y en sus justas ideas y la conformidad con que se empezó y sigue, le atrajo la de mantener su autoridad y decoro de un modo que ni la obediencia se hizo gravosa ni la ejecución violenta.

Don José de la Portilla fue el primer Regente, por cuya promoción a Consejero de Indias quedé yo como Decano, sirviendo no solo este empleo sino el de Presidente en las ausencias del Conde de Ruiz de Castilla el espacio de dos años, hasta que vino a posesionarse de él Don Manuel Pardo.

Este Ministro (que salió de esta ciudad para la de Lima, en donde se halla con licencia del Virrey, en Octubre del próximo año pasado, en cuyo mes se ausentó asimismo el Presidente interino Goyeneche, por cuyo motivo recayeron en mí estos empleos, y sin limitación alguna el segundo) posee abundantes conocimientos del derecho; es sagaz, de fina penetración e instrucción conocida, íntegro, recto, desinteresado; administra justicia sin acepción de personas, y es muy contraído al desempeño de sus obligaciones. Sirve esta Regencia, y se halla (al parecer) en los 50 de edad.

Por jubilación de Don Miguel Sánchez Moscoso recayó su plaza en Don Manuel Plácido de Berriozábal. Este ministro, muy dedicado al estudio y al cumplimiento de sus deberes, limpio en su manejo, e íntegro, fue juez comisionado por el Presidente Conde de Ruiz de Castilla para la formación de la circunstanciada y crítica causa contra los reos de estado Manuel Ubalde, Gabriel Aguilar, y otros, con cuyo



motivo informó aquel jefe a Su Majestad en 10 de Agosto de 1805, número 77, con respecto a este ministro, lo que literalmente transcribo: "Trabajó día y noche en concluir esta causa en sumario, sin perdonar fatiga que contribuyese a ello, y me ha dado pruebas nada equívocas de su buen talento, de su aplicación y del amor que profesa a Vuestra Excelencia".

Yo lo tuve a mi lado seis años, y especialmente en los tres últimos, de tantos trabajos y fatigas para este Tribunal y para todo el reino, me impuse de su buena capacidad y bella disposición para cuanto sea servir a Su Majestad y al público, y lejos de tener que alterar el concepto de aquel Presidente que va explicado, me ratifico igualmente en él y adelanto que se formó mucho en dicho tiempo y que cada día hallé en él nuevos motivos de aprecio haciéndose digno de obtener cualquier empleo de mayor graduación a que Su Majestad se digne destinarlo; y por su traslación a la Real Audiencia de Charcas, ocupa su plaza Don Manuel Vidaurre, natural de Lima, de quien hablaré en su lugar; es de edad de 38 años poco más o menos.

Por promoción mía a Regente de Quito, se sirvió el rey conferir mi plaza a Don Pedro Mariano de Goyeneche, hijo de Arequipa, y no obstante que Su Majestad se dignó devolvérmela por haberme relevado de pasar a servir la Regencia, concediéndome los honores de Ministro de su Supremo Consejo de Indias, vino a ocupar la del Ministro que me seguía en turno. Es muy íntegro, desinteresado, contraído al mas exacto desempeño de sus deberes; se conduce con mucho honor; tiene muy buena instrucción y produce sus dictámenes con entereza. Lleva cuatro años de servicio y se halla en los 37 de su edad.

Don Manuel de Vidaurre acaba de entrar en posesión de la plaza que dejó Don Manuel de Berriozábal y en el poco tiempo que sirve me complace mucho el ver que ya se presenta como un ministro formado en el conocimiento de Tribunales; se produce con la mayor moderación y cordura en términos que manifiestan su buen talento, instrucción, entereza y honor, y concibo que será un ministro muy completo.

El Fiscal Don Luis Gonzalo del Río, lo es único de este Tribunal, de lo civil y criminal, Protector General de naturales, de Real Hacienda y de todas las Reales Juntas y juzgados en que debe intervenir este Ministerio. Es de delicada conciencia, de irreprochable conducta, de una contracción asidua al desempeño más cumplido de sus obligaciones. Va a diez años que sirve a mi lado y lo considero uno de los más antiguos Fiscales de Su Majestad; tiene fina instrucción



forense y política y es muy prudente y de profunda meditación en sus producciones, pacífico y naturalmente compasivo. En la causa citada de estado contra Ubalde y Aguilar trabajó mucho y con la mayor prontitud y con este motivo manifestó el Presidente Castilla a Su Majestad, en el informe antes enunciado, lo siguiente: "Es sujeto muy celoso por el cumplimiento de sus deberes, medido en sus operaciones, que va de acuerdo con la ejemplar justificación con que las desempeña y tan contraído, exacto y puro en hacerlo, que es acreedor a disfrutar del real agrado de Vuestra Majestad de aquella gracia que se digne dispensarle". No tengo por qué alterar este concepto, antes sí de adelantarle, pues en estos tres últimos años en que ocurrieron asuntos muy graves y delicados en las revoluciones y convulsiones de esta América se dedicó incesantemente a desempeñarlos con el mayor acierto y demostración del amor que profesa al Soberano y la defensa de la justa causa, sin faltar por esto a la diaria asistencia al Tribunal, cosa que no vi en otro Fiscal. Por todo lo que contemplo que un Ministro tan formado, completo y antiguo en la carrera se halla en proporción de obtener los mayores empleos de ella, a que Su Majestad se digne destinarlo, es de edad de 47 años.

Se halla aquí Don Manuel Galeano, natural de esta ciudad, Subdelegado actual de Urubamba en esta provincia, al que se sirvió el Soberano condecorar con los honores de Oidor de esta Real Audiencia a virtud del informe, y así por ellos, como por el que el citado Presidente Conde Ruiz de Castilla hizo a Su Majestad con ocasión del mérito que adquirió en la causa de traición que va referida, tanto por la comisión que se le confirió para averiguar un incidente de ella en el pueblo de Huarcocondo inmediato a esta ciudad, cuyo esclarecimiento, que hizo con el mayor acierto, importó mucho para el de su final resolución, cuanto para ésta por hallarse de Asesor interino de este gobierno aprobado por el Virrey del reino, se le nombró por dirimente de la discordia que hizo el Oidor Don José Bustillo.

En aquellos informes se le recomendó a Su Majestad señaladamente para la propiedad de esta Asesoría o de otra de las principales Intendencias del reino, por su atinado juicio, arreglada conducta, y buena instrucción forense y política, y a ésta, sin olvido de la anterior, se dedicó empeñosamente hace el espacio de seis años con formal estudio, por considerar justamente su utilidad en la presente época. En esta atención debo poner en consideración de Vuestra Alteza que la Subdelegación que sirve es de cortísima utilidad y va ya a concluir; que su condecoración no le permite trabajar como abogado, de lo que sacaba ventajosas utilidades para mantener mujer, seis hijos y tres familias numerosas reunidas en una, cuya subsistencia



pende de este sujeto. Es buen servidor del rey, y lo tiene bien acreditado no sólo en el desempeño de la Subdelegación, pues no se advirtió la menor queja contra su gobierno, sino que fue uno de los primeros a dar puntual cumplimiento a las juras que se hicieron a los nativos, y a cuantos cargos ocurrieron en las presentes circunstancias, y en todas las ocasiones que se han presentado y presentan, manifiesta el mayor amor y fidelidad al Soberano e igual interés por la buena causa. Me hace verdadera lástima verlo en tan triste situación y lo juzgo muy acreedor a la piedad del Rey, ya sea para que se digne conferirle una de las Asesorías indicadas, o para plaza de alguna otra Real Audiencia; es de edad de 40 años.

Concluido mi informe con este objeto, voy a cerrarlo con asegurar a Vuestra Alteza que esta capital y el distrito de su provincia, es lo más fiel, fino y amoroso a Su Majestad y a la defensa de sus justos y reales derechos que se conoce en la América del Sur, a pesar de que no faltan sujetos que por emulación y envidia, hacen tiros a sus buenas y distinguidas cualidades, atribuyéndola que es dispuesta a revoluciones.

No es así, pues en la del vil José Gabriel Condorcanqui, conocido por Túpac-Amaro, ella y los fieles vasallos de su territorio fueron los principales que la apagaron, sin percibir sueldos y a costa de las mayores y aún constantes fatigas y del dispendio y aun exterminio de sus bienes. En la intentada por Ubalde y Aguilar, que si llegase a efectuarse, hubiera sido la ruina total de estas provincias, cuando no de todo el Reino, se presentaron al Presidente y a mí con iguales propósitos y deseos. Ahora que nos hallamos en la mayor crisis que tuvo esta América, y que se formó el numeroso ejército de diez mil hombres que se halla situado en la línea divisoria de este Virreinato y el de Buenos Aires, se compone en la mayor parte de los buenos vasallos de esta provincia en clase de soldados, y en la de Oficiales casi todos los sujetos de calidad.

Uno de los más distinguidos, que como un hijo suyo único se quedó en esta capital, es el Coronel graduado de ejército y del regimiento montado de ella Don Martín Martínez de Concha y Don Martín Gavino, Capitán de Carabineros del mismo. El primero, en clase de comandante de armas de esta plaza, a que después elegí también de Comandante del cuartel de ella, cuyo nombramiento mereció la más honrosa aprobación de los jefes principales, ha servido y sirve con el mayor amor, fidelidad, celo y aplicación, y me ha sido y me es muy útil, pues con su desempeño exacto y constante sin percibir sueldo alguno, y con el mayor dispendio de los intereses de que pende su subsistencia, consultó algún alivio y más tiempo para el desem-



peño de las vastas atenciones que me rodean día y noche, no solo para superar las de este gobierno sino para lo del ejército del Desaguadero, cuya existencia pende casi totalmente de este punto. El segundo de que hago mención, es su hijo Don Manuel Gavino Concha que sirve en esta plaza a su lado con igual honor y aplicación. Los considero acreedores a que Su Majestad les dispense las gracias con que honra, acomoda y distingue a tales vasallos.

El Coronel de ejército Don Mateo de Pumacahua, medio noble, natural de esta ciudad, cacique en propiedad del pueblo de Chinche-ro, es un sujeto necesarísimo a este gobierno. En todas las ocasiones en que el servicio de Su Majestad ha debido interesar a los buenos vasallos, ha sido de los primeros que se han ofrecido, haciéndolo con sinceridad y decidido amor a estas sagradas obligaciones. Por esta inclinación que le es como innata se me presentó entre los primeros en las dos gravísimas y muy urgentes necesidades del estado, ahora en éstos tiempos para la expedición de La Paz y para la en que al presente se está en la raya de este Virreinato, pero en ambas no sólo por mí sino por el General en jefe de ellas se consideró más necesaria su persona en esta ciudad por la confianza que inspira para el resguardo de ella. En la presente constitución especialmente ha sido y es el apoyo principal de este gobierno y mis cuidados y desvelos en tan apurada crisis han descansado en mucha parte en la fidelidad de este oficial, que con declarado patriotismo ha protestado defender la buena causa y proteger a los que en esta gloriosa contienda exponen su existencia civil y aun natural, con más de cuarenta mil indios que entregados a su devoción no recelan abrazar con arrojo las sanas ideas de su respetado jefe. Es por esto y por su misma privilegiada calidad digno de los premios que considere Su Majestad proporcionados a tan relevantes méritos.

Dios guarde a Vuestra Alteza muchos años. Cuzco, 26 de Abril de 1811.

*Pedro Antonio de Cernadas*